

VIAJES POR PROVINCIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FRANCISCO HEYES
1625 MONTERREY, MEXICO

29910

VIAJES POR PROVINCIAS

Durante los largos meses de calor, cuando el asfalto de los boulevares se siente tibio y blando á nuestros pasos; cuando no se ve en las salas de los teatros más que gentes en traje de viaje, pequeños sombreritos redondos y chaquetas á cuadros, entonces nuestros actores se organizan en bandadas como las golondrinas para emigrar á los departamentos.

Es una contradanza porque, por su parte, los cómicos de provincias vienen á París precisamente entonces en busca de contrata para la próxima campaña, teniendo todos en el corazón la vaga esperanza de encontrar empleo en uno de nuestros teatros parisienses y conquistar al fin los éxitos, las ganancias y la consi-

deración que las mayores ciudades de Francia no les acuerdan más que imperfectamente.

Oficio rudo el de esas pobres gentes. Representando ante un público pequeño, sobre todo si se le compara con la enorme muchedumbre que invade cada noche nuestros teatros, se ven obligados á saber un gran número de obras, á fin de renovar el cartel, en seguida conocido y agotado. De esta manera apenas tienen tiempo de saber su papel, nunca el de estudiarle, de encarnarse con el personaje que representan, ni de aprovecharse de todos sus recursos. Si esta continua necesidad de trabajos diferentes los amolda, los fuerza á una gran variedad de entonaciones y actitudes, pierden la autoridad y aun el gusto del trabajo serio, pues que tal cómico hábil que haya representado la víspera un primer papel de drama, se ve á menudo obligado á figurar por la noche en una ópera.

Se comprende, al ver semejantes inconvenientes, el interés que tienen esos desgraciados artistas de hacerse oír aquí. Así es que pasan todo el tiempo de su licencia en subir y bajar las obscuras escaleras de las Agencias teatrales, rehusando al principio sin piedad todo lo que no es París ó una etapa hacia París, huyen cuando Septiembre llega, obligados, después de haber rehusado Nantes ó Nevers como demasiado lejos, demasiado "provincial", á firmar un contrato para Barceloneta ó la Nueva Orleans.

Entre tanto, los felices actores de París verifican solitariamente ó en compañía sus viajes á provincias. Algunas veces un empresario organiza el negocio, firma los contratos con los directores, asume todas las responsabilidades; otras los actores se asocian entre sí, con sueldos proporcionados á los servicios prestados, y se exponen á todas las contingencias de la empresa.

Es un modo de utilizar con fruto los meses de vacación, porque es raro que estas expediciones no sean productivas.

Por otra parte, el cómico, nómada y variable por naturaleza, encuentra así un medio de satisfacer esa necesidad de locomoción que le ha atormentado siempre desde el carricoche de Thespis.

Lo único que se ha modificado algo desde entonces son los medios de transporte. Hoy Thespis ha abandonado su carricoche á los ambulantes y á los tziganos; y si el capitán Fracasse tuviera que seguir en nuestros días á la amable Isabel, no tendría más que aventuras de estación, llegadas tarde al tren, billetes perdidos y discusiones por exceso de peso.

También ha pasado el tiempo en que Wilhem Meister discutía en coche con sus compañeros, sobre el modo de representar á Shakespeare, si Hamlet debía ser rubio ó moreno, gordo ó flaco.

Los cómicos hoy día viajan en *express*

y no se preocupan más durante el viaje que en averiguar si la mesa es buena en el hotel donde irán á parar.

Dejan lo menos posible confiado á la casualidad ó á lo imprevisto.

Está ya combinado de antemano el programa de las obras que se van á poner en escena y el número de representaciones con el director, que ha suministrado asimismo datos sobre su público y elegido entre el repertorio las piezas que cree convenirle más; porque no hay que pensar que en provincias se acogen ciegamente, con admiración, esas compañías parisienses que les llegan adornadas con reclamos, y que cuentan con dos ó tres ilustres entre la gente de talento.

Pasa muy á menudo lo contrario. Cada ciudad tiene sus actores favoritos, de los que se vanagloria, á los que protege por cierto amor propio de campanario, que forman parte de sus monumentos y curiosidades.

¡Cuántas veces hemos oído decir á los abonados de provincia!:

—“Tenemos aquí dos notabilidades... vuestros teatros de París no tienen nada comparable.”

Rara vez es verdad; pero se ve en ellos una costumbre de infatuación que constituye en algunos casos un verdadero peligro para los nómadas. Así, pues, deben ir preparados á toda clase de desilusiones.

La cuestión del repertorio es muy importante. Las piezas muy parisienses fracasan ante la ignorancia de los espectadores, no las comprenden, irritan ciertos prejuicios.

Hay veces que llegan sin saberlo á una ciudad dividida por una querella local, y las situaciones, las palabras más insignificantes de la obra más inofensiva, son tomadas como alusiones. Hé aquí por qué el primer deber de un buen empresario es conocer á fondo el terreno á que conduce su compañía.

Por regla general, ya sea para aplaudir ó censurar, el público de provincia va al teatro á ver á los parisienses. Hay ciudades en las que “la sociedad,” no va más que entonces.

¡Y qué recuerdos han dejado algunas veces nuestras celebridades en aquellos escenarios, que no han hecho más que atravesar! Eso les salva por siempre del olvido, de ese entierro rápido que París hace de sus glorias, sabiendo que hay otro esperando su hora.

¡Cuántos nombres viejos ya entre nosotros, viven todavía en provincias con todo el esplendor de su gloria!

La llegada de los cómicos es un acontecimiento. Desde que salen de la estación pertenecen al público, que los espía, que los examina. Cuando se trata de los buenos, de los famosos, se padece siempre alguna desilusión.

—¡Pero cómo! ¿ése es Fulano?...

Se asombran al ver artistas tan famo-

sos con gorra de viaje, llevando en la mano alguna sombrerera donde su aureola debe ir bien comprimida.

Por el paseo se les señala, se les sigue como la cosa más natural, porque saben que tal curiosidad no les molesta lo más mínimo, y que un actor anda más á gusto cuando se siente observado.

Es raro que su presencia en la ciudad no haga nacer alguna vocación teatral. Les someten á su aprobación piecillas "sobre las que agradecerían su parecer." Y para el cómico que viaja, no es esta la sola distracción; encuentra todas las satisfacciones de su amor propio. Por de pronto, crea personajes que envidia y que la predilección del director ó de los autores había confiado á otros intérpretes.

Fuera de toda vanidad, hay para el verdadero artista que no se entrega á una imitación servil, una gran alegría de curiosidad y de emulación. Efectivamen-

te, un personaje puede ser comprendido de varias maneras, y se imaginan siempre haber encontrado la mejor. Además, ¡cuántas estrellas de segunda magnitud pasan rápida y fácilmente á primera en escenarios donde no hay comparación, ó si la hay, les es favorable! Tal nombrecillo, perfectamente desconocido en el Gimnasio ó en la Porte-Saint-Martin, se encuentra en primera fila en el cartel.

¡Qué dura es después de esto la vuelta á París! Únicamente se consuelan al entrar en filas pensando que han sido "estrellas" durante un mes.

Suele suceder que la compañía que llega de París no va completa y se recluta luego entre los cómicos de la localidad. Entonces la estrella da consejos sobre el modo de interpretar el personaje, y lo hace con una complacencia encantadora que proviene de su gran superioridad. Llegan hasta prometer su influencia cerca del director parisién, dando

lugar muy á menudo á singulares desilusiones. ¡La óptica es tan diferente; la luz de París es tan clara, tan despiadadamente reveladora!

Se descubre en Burdeos ó Tolosa un primer actor joven, notabilísimo Delaunay á los veinte años. Se le llama; debuta en el Teatro Francés, y se aperciben, tarde ya, que es un Delaunay de provincia, y que seguirá siéndolo.

París está lleno de esos actores destinados sólo á brillar en teatros de descentralización. Debían formar una compañía; encontrar un empresario hábil, y marcharse para no volver, porque son golondrinas que nadie desea su vuelta.

LUTO DE COMEDIA

DE BUTACA Á BUTACA